

EPISODIO DE MI VIDA LITERARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALEN 30  
Apdo. 4083 Monterrey, Mexico



ARTURO Ghigheri es un nombre que constituye en mi mente uno de los recuerdos más amenos de mi juventud; ameno, hasta tal punto, que en los días tristes, me lo resucito en el pensamiento, como si se tratase de un personaje de comedia; y rarísima vez la imagen de la persona no logra ponerme de buen humor.

No recuerdo bien cómo entró en nuestra alegre brigada Florentina, compuesta de precoces delincuentes literarios; él, sí, se colaba con ciertas mañas de galopín obsequioso, y era tan bueno, agradable y servicial, que acababa por hacerse querer hasta de aquellos que lo trataban desde el principio como un intruso inoportuno.

Era parmesano, si mal no recuerdo, y empleado en una Sociedad de Seguros contra el granizo. Tenía veinticinco años y una

figura chistosa; bajito de estatura y magrillo; cara redonda é imberbe, que parecía un poco hinchada; los ojos, un tanto saltos y la boca redonda y siempre abierta, que le daba á su fisonomía cierto aire con la de un pez; vestido no sin elegancia, pero con un corte de prendas, que parecía siempre escaso, dejándole al descubierto determinadas rotundidades posteriores; los zapatos tampoco escapaban á esta ley de la escasez, puesto que los usaba descotados por punto general, y las mangas cortas, dejando asomar dos grandes puños de camisa limpisimos y que se veían blanquear de uno á otro extremo de una calle, por larga que fuera. Llevaba una eterna chistera y una flor perpetua en el ojal; andaba á pasitos cortos, menudos y rapidisimos, y con frecuencia, cuando le apremiaban obligaciones de premura en sus negocios, la emprendía á escape aun por los sitios más concurridos, provocando las miradas de los transeuntes que lo tomarían en más de una ocasión por un timador perseguido.

Bajo aquella honesta *gavina* perenne de empleado, había despuntado un día, creo que de repente, el tumorcillo de la ambición literaria. Y no se comprendía por dónde ni

de qué manera le hubiese podido nacer, puesto que era rigurosamente virgen de todo estudio antiguo ó reciente, y parecía que la naturaleza le había negado hasta el más lejano pretexto para buscar la gloria en el tintero. Y aun más extraña resultaba la cosa, en fin, porque en su oficina de Seguros pasaba por un empleado muy discreto y sensato.

Su pasión era la poesía lírica.

Debía haberse despertado una mañana con una estrofa en la cabeza, llovida sin saber de donde, y haberse dicho:—Pues señor, emprendo la via de las Letras.—Lo mismo que habría podido decir:—Pues señor, me abono al teatro.

Cuando entró en nuestra compañía, había ya sacado del horno una docena de poesías patrióticas y amorosas. Eran todas brevisimas á lo más de cuatro ó seis cuartetas de versos de siete silabas; porque *las poesías*, según él, *deben ser como relámpagos*. Pero es imposible decir todo lo que las *suyas* eran de cándidas, de deslavazadas, de pobres, de insulsas, de necias. Era materia que escapaba á la crítica, como sopa de sémola al tenedor, y que apenas se podían comparar con ciertos versos de libretos de ópera, he-

chos célebres á fuerza de estúpidos, tanto como la música divina, para la cual sirvieron indignamente de falsa-regla. Y las había escrito todas con caracteres microscópicos en un cuadernito de papel muy fino, formado por tres hojas cosidas con una pasada de seda y tan grande como una mano, que con un soplo se le podía hacer volar.

Bajo una de estas poesías, había escrito en caracteres mayores:

*Declamada por la joven filodramática Fulana de Tal, en una comida dada en casa de Zutano de Cual, la noche del 3 de Septiembre de 1868, en Voghera.*

Y debajo de otra se leía:

*Encomiada por Perenganito, primo, en segundo grado, de Nicolás Tommaseo.* Todo su bagaje literario se contenía en aquellas tres hojas de papel transparente. Su persona, su vestido, todo estaba en armonía; todo era minúsculo, ligero, aéreo, volátil.

Añádase á esto una singularidad cómica: que no se reía jamás.

Naturalmente, cuando entró en nuestra brigada, no despertando celos á ninguno, se le daban buenos jabones de elogios lisonjeros. Y entonces cobró ánimos para pulsar la opinión pública, como él decía, por vez pri-

mera.—“Si salgo bien de la prueba,—añadía,—como espero, dejo el destino y me dedico por completo al arte. Pero antes, quiero tentar la opinión, con un pseudónimo. En estas cosas, es preciso proceder con cautela.” Cierta noche buscamos juntos el pseudónimo, al cual daba grande importancia; y después de largas y prolijas investigaciones y discusiones, aceptó con calor el que le sugirió uno de nosotros.

—*Algo-hay-aquí*;—porque en los momentos de entusiasmo solía repetir, sin darse cuenta, las palabras pronunciadas por Andrés Chénier, yendo á la guillotina; se golpeaba con una mano la frente y exclamaba: ¡Y sin embargo, algo hay aquí dentro!—Con este estrafalario pseudónimo envió la mejor de sus poesías amorosas al periódico literario *Las Veladas Florentinas*, y se quedó esperando la respuesta con grandísimo anhelo.

El director, joven sagaz, amigo nuestro, á quien rogamos que fuese benévolo, le devolvió la poesía con dos líneas atentas, diciéndole que su publicación tenía costumbre no quebrantada, de no insertar poesías amorosas.

Arturo Ghigheri se consoló de la negativa con las finas frases y hasta cumplimientos

de la misiva, y le mandó una poesía política con el título de *Francia é Italia*.

El director le respondió alabándola, pero diciéndole que su periódico no publicaba poesías que *pudiesen suscitar odios ó provocar conflictos entre las naciones*.

La idea de que su poesía fuese juzgada como peligrosa para Europa, le acarició tan dulcemente su amor propio, que tragó hasta sin pena la segunda negativa, y remitió inmediatamente una tercera poesía, intitulada: *¡Al Mar!* en versos libres, segurísimo esta vez de verla publicada.

Le respondió entonces en nombre del director el secretario de la redacción, diciéndole: "Nuestro director no publica versos libres; es una idea fija, una manía, hace mal, pero, ¿qué quiere usted? Y no hay remedio, odia los versos sueltos desde la infancia, implacablemente, por instinto. Le devuelvo el original, con pena.

Á esta tercera negativa, el poeta sospechó, pero con una sospecha que obscureció por un momento su ilusión. Pensó que había en la poesía alguna *pequeña imperfección exterior* de aquellas que se escapan en el impetu de la inspiración, alguna palabra ó frase "no bastante clásica," que el periodista

y aun nosotros mismos, por delicadeza, no le queríamos señalar. Sacó su telaraña de cuadernillo, y colocándolo, abierto en medio de la mesa de la cervecería, nos rogó que fuésemos sinceros y le indicásemos los lunares, si los había. Pero casi no puso atención á las pocas observaciones que por mera fórmula le hizo alguno que otro. Parecía absorto en un pensamiento que expresó á media voz, como hablando consigo mismo, con una locución de reciente conquista:—*¡Ya! "me falta el lenocinio de la forma!"*,

Y un momento después, dejando caer el puño sobre el velador, gritó:—*¡Vive Cristo; quiero hacerme un estilo!"*

Á aquella salida de tono, todos soltamos el trapo á reir. Pero él, sin parar mientes, añadió que comprendía perfectamente que le faltaban los estudios; y como quiera que reconocía la necesidad de familiarizarse con los autores, uno le preguntó:—*¿Ha leído á Parini?*—El contestó con suma desenvoltura:—No.

Otro le interrogó:—*¿Ha leído á Foscolo?*

Un poco,—respondió;—pero, lo confieso, muy á la ligera.

Un tercero le insinuó:—*¿Y á Carducci?*

—No, pero... lo he oido nombrar mucho.

Esta vez faltó poco para que rodásemos con sillas y todo, por el suelo, á fuerza de reir. Mas ni entonces se desconcertó por nuestras carcajadas, sino que se contentó con gritar:

—Eh, si, tengo vacíos... ¿quién lo duda? Pero, ahora, me cojo todos estos autores, y el primer día que tenga de ásueto, me los leo todos de rabo á cabo, de un tirón. En veinticuatro horas, se puede uno tragar mucho, y con un poco de memoria... En fin, alguna cosa hay aquí dentro. Todo está en romper el hielo. ¡Los principios, ya se sabe, son duros para todos!

Y volvió á enfilear poesías minúsculas, copiándolas en su cuadernillo.

—Haré tantas,—decía,—¡qué diablo! que alguna que *se imponga*, preciso será que tenga éxito, necesariamente.

Tiraba á *la obra maestra* como se tira al blanco; profundamente persuadido de que sin asomos de cultura, obstinándose en lanzar, como flecha del arco, verso tras verso, se podía dar de hoz y de coz, en una oda inmortal; lo mismo que aquel que se figura que no habiendo tomado en su vida un fusil, á fuerza de disparar bala tras bala, un mes seguido, se puede dar en el blanco alguna vez.

Pero cuanto más lo conocíamos, más nos asombraba. No sé en qué ocasiones, ni con qué motivo, por intervención de un tercero, había conseguido cambiar algunas palabras en la calle, al paso, delante de un café, con el célebre poeta Prati, con Aleardi, con Dall'Ongaro y aun con otros; después de lo cual, no dejaba nunca de pararlos donde los tropezaba, deshaciendo la chistera; y nos traía religiosamente noticia de ellos;—Prati está constipado; Aleardi se ha torcido un pie antes de ayer por la mañana, al salir de la Academia de Bellas Artes... Esto, para él, era estar al corriente de la Literatura contemporánea. Lo más gracioso del caso es que, después de cierto tiempo, para darse aires de familiaridad con aquellos señores, no nos los nombraba nunca sino por sus nombres de pila, lo cual daba lugar á equívocos continuos.—Esta noche llega nuestro Domingo.—¿Qué Domingo?—preguntábamos. Era Francisco Domingo Guerrazzi.—Me he encontrado á Andresito.—¿Andresito?—¡Eh, diablo, pues al traductor del *Fausto*: Andrés Maffei.

Pero estas vanidades ridículas que en otros, nos habrían estomagado, en él resultaban agradables: tanta era la ingenua fran-

queza con que nos las mostraba. Y era tan bueno en el fondo, tan sencillo, que no sólo toleraba la broma, sino que ni siquiera la comprendía á menudo. Sucedia algunas veces que, encontrándonos siete ú ocho juntos en una esquina charlando, por la noche, él saltaba *ex-abrupto*:— Oid una poesía que... á aquellas palabras todos decíamos á una voz:— ¡Vaya, con permiso, señores, buenas noches!... Y cada uno tiraba por su lado, como para huir al estallido de la metralla, sin dejarnos ver más. Y cuando al día siguiente creíamos encontrarlo ofendido, no manifestaba la más mínima señal de rencor, como si hubiese creído de verdad que aquella desbandada obedeció á la simultaneidad de quehaceres en los siete ú ocho presuntos oyentes.

Andando el tiempo, habíase entregado— como él decía— á estudios *enormes* de lenguaje poético; esto es, á extraer de los poemas que leía ciertas frases para vestir con ellas su conversación, exornándola, y como si le brotasen espontáneamente de los labios, surgiendo naturales, y para hacer gala de ellas y de su elegante dicción en nuestro círculo. Nosotros en cuanto lo advertimos, nos pusimos de acuerdo para no dejarle nunca aca-

bar semejantes desahogos poéticos. Empezaba, por ejemplo, en una discusión á decir:

— Cuando surge en el ánimo excitado...

Apenas reconocida la frase estereotipada, nos dirigíamos la palabra unos á otros interrumpiéndole á la vez, sobre otros asuntos, todos en coro, cubriéndole la voz y ahogando en su garganta su bien aprendida frase. Y se repetía tres ó cuatro veces el coro, cada vez que intentaba embocarnos la frasecilla; hasta que renunciaba á exponer su perla, mirando alrededor confuso y anodado, con los ojos saliéndosele de las órbitas, pero sin dar señales de que advirtiera nuestro pérfido intento.

Sería imposible contar todo, y serían increíbles la mayor parte de las cosas. Para citar todavía una. Su manera predilecta de hacer creer que conocía á fondo á un prosista ó á un poeta, era lamentar el que no se le hiciera justicia. Hablando una noche de Lord Byron, exclamó con acento de ardiente convicción:— ¡Qué poeta!... ¡Es tan poco conocido!

Ó bien, de un escritor que admiraba, decía:— ¡Ese!... ¡Bah, dejémoslo estar!... — Dejemos tranquilo á Ariosto, tened la bon-

dad!—¿Guerrazzi? ¡Oh, en cuanto á Guerrazzi, dejémoslo tranquilo!

Y se encerraba en efecto, para suerte de los autores admirados, en un silencio admirable.

Entretanto, seguía descargando poesías y mandándolas á todos los periódicos, sin descorazonarse jamás por las repulsas, á las cuales atribuía siempre otra causa que la verdadera; y á cada negativa, después de haberla justificado con nosotros, exclamaba:—Y sin embargo... hay algo aquí dentro!

De vez en cuando, no obstante, le nacía una duda, aunque fugitiva. Cogía del brazo á uno ó á otro preguntando con acento afectuoso:—Dime la verdad: ¿crées que llegaré á hacerme un nombre?

—¡Ya lo tienes!—le replicó uno de nosotros sin reír, en cierta ocasión.

Y él, repuso, con franqueza:—Sí, comprendo... en un pequeño círculo. Pero la verdadera fama es muy otra cosa. ¡Oh, querido, el camino es largo y difícil; no me hago ilusiones!

Era verdaderamente de una ingenuidad sin límites. Lo estudiábamos con curiosidad casi amorosa. Buscando la manera de descubrir cómo había podido surgir y cómo podía man-

tenerse en él un concepto tan disparatado de sus facultades, lo pulsábamos acerca de mil materias, nos asomábamos á su imaginación y no veíamos más que estrechos corredores desnudos, una casa absolutamente desamueblada, en la cual las ilusiones literarias bailaban perpetua danza en absoluta libertad, cantando un himno que en el edificio vacío resonaba con tanta sonoridad que no dejaba percibir ninguna voz ni eco de fuera. Uno de nuestros amigos definía admirablemente su cerebro:— *Un asilo infantil de ideas.*

Las negativas de los periódicos se siguieron acumulando de tal manera, que aguijoneado hasta por nosotros, acabó por creer que se le hacía una guerra secreta é insidiosa, por conjurados pérfidos que le impedían *hacerse un nombre*; y entonces, habiéndole nosotros sugerido la idea de fundar un periodiquillo literario semanal, que le serviría de bandera y de espada, descubrimos que él abrigaba este propósito hacía tiempo. Había calculado que con trescientas pesetas tendría suficiente para los gastos de anuncios y propaganda y para los dos primeros números; poseía algunos ahorrillos y algo obtendría entre los conocidos. Nuestras ex-